

¿PUDO ADÁN ARREPENTIRSE DE COMERSE LA MANZANA?

Isidoro Tapia García
Inspector de Educación

Tendré que asumir la responsabilidad de haberme dado cuenta, de saber que no todo es aire y agua y pan y leche, y que hay algo más que nos rodea.
(G.Belli: *El Ojo de la Mujer*)

Tres de las grandes religiones monoteístas cultivan el mito de la creación del hombre a través de la figura de Adán. Si recordamos, dios crea a Adán del barro a su imagen y semejanza, le da compañera a través de la transformación de una costilla y sitúa a la pareja en un paraíso. Un lugar que ha dado nombre a un sueño de belleza: el Edén.

En este paraíso para Adán todo es nuevo, todo es desconocido. Adán va nombrando a los distintos seres vivos, a las fuerzas de la naturaleza. Él se va formando una imagen de lo que es bello, de lo que le atrae y de lo que le repele. Ve la diferencia entre una rosa y un cardo, entre una mariposa y una araña, entre una manzana y una castaña. Se va haciendo su imagen, va apreciando unas y despreciando otras. Ve a la luciérnaga y no la envidia, no puede desear nada porque lo tiene todo. Vive descubriendo y apreciando los pequeños detalles. Él, al igual que Eva, no sabe lo que hay más allá del paraíso, no sabe que es inmortal, no sabe lo que es la desgracia, no conoce más que el mundo feliz en que vive. En ese momento, cuando las sociedades existentes estaban pasando, como dice Erich Fromm (El arte de amar), de creer en una diosa madre al dios paternal y de ahí al dios poderoso, su dios creador le plantea el dilema: puedes hacer lo que quieras menos comer fruta de ese manzano. Un manzano con una fruta roja y apetitosa. Y le amenaza: si comes tendrás que trabajar y no vivirás eternamente.

El pobre Adán, y su compañera Eva que estaba en las mismas circunstancias, aunque en aquellos momentos no se tenía en cuenta, duda si comerse una roja y apetitosa manzana que le apetece (es lo que estaba educado para hacer: lo que quería) o enfrentarse a lo *que* le ha dicho su dios que no sabe de que puñetas se trata: no sabe lo que es el trabajo, no conoce lo que hay más allá del Edén, no sabe lo que es morir, no sabe que tendrá hijos (hasta ese momento eran seres asexuados) y no sabe que le trasladará un pecado a todos sus descendientes.

¿Era una opción equitativa? ¿Podía Adán elegir? ¿Qué hubiésemos elegido nosotros? En esas circunstancias de desconocimiento sólo cabe una opción: comerse la manzana. Estoy convencido que cualquiera de nosotros si hubiésemos sido Adán le hubiésemos dado un mordisco a la fruta reluciente que nos ofrecía el árbol.

¿Y qué tiene que ver Adán con el mundo de la educación? El recordar el mito lo utilizo para hacer algunas reflexiones.

Un compañero me habla del síndrome de Adán. Consiste en creerse que todo es nuevo y nada ha existido antes. Este fenómeno se produce en bastantes ocasiones, demasiadas diría yo, cuando un equipo directivo entra nuevo en un Centro Educativo. No cuenta para nada con lo realizado hasta ese momento. Piensan que sus ideas tienen que ponerse en práctica como si nada hubiese existido hasta ese momento. Actúan como Adán adjudicando nombres nuevos a todo porque todo es novedoso para ellos. Olvidan que la mejor manera de construir es conocer lo que existe, ver lo que es necesario modificar, contar con lo que ya hay y realizar las modificaciones que se estimen oportunas para mejorar. Desgraciadamente, los gobernantes nos animan a practicar el síndrome de Adán. Cada cambio político ha querido realizar su ley educativa.

En los centros debe hacerse un protocolo de cambio de equipos directivos que permita conocer al entrante todos los aspectos del funcionamiento del centro en profundidad. El equipo directivo nuevo debe construir su proyecto a partir de lo que se está aplicando, conociendo la realidad existente y realizando los cambios necesarios para mejorar la acción educativa.

¿Y en cuanto a la manzana? Bueno, pienso que en algunos aspectos cada aula es un edén. Lo escribo ahora con minúscula por no querer que aparezca como paraíso. Un edén en el sentido de que en muchos casos se trabaja en el desconocimiento total de lo que hay fuera. Tanto la realidad de la vida del alumno como otras realidades que se pueden estar practicando en otros edenés. Se mueve quién dirige ese pequeño edén a realizar su programa de aprendizaje para los alumnos y alumnas con lo que la experiencia adquirida le ha inducido a pensar que es la mejor manera de aprender determinadas cosas. En algunos casos se olvida la pertinencia de los aprendizajes que se están practicando, en otros se repiten año tras año las dificultades de alumnos y alumnas para asimilarlos. No se ponen en marcha los mecanismos existentes en los propios centros para que la coordinación y los intercambios de ideas funcionen. La obligación establecida en la normativa de analizar la práctica docente es la más incumplida. Quizá por eludir discusiones se obvia. En los Institutos de Educación Secundaria se agrava dada la

balcanización existente en los órganos de coordinación didáctica. No se puede optar por nuevas ideas porque se desconocen. No se puede corregir lo que se está haciendo porque se desconoce la existencia de alternativas. Me señala una persona que se olvida a veces que el alumno o alumna es una hoja en blanco y que el maestro o el profesor (y la maestra o la profesora, naturalmente) escribe en ella como dios escribía en el paraíso.

Igual que Adán no pudo arrepentirse de comerse la manzana, en muchos casos en la escuela, en el instituto, no podemos arrepentirnos de transmitir un aprendizaje mal estructurado, de no conseguir los objetivos propuestos y justificarlos en la dificultad de la materia, la poca atención o el poco trabajo de alumnos y alumnas, la nula implicación de los padres...factores en los que podemos influir poco, pero que nos sirven como excusa para no modificar nuestro trabajo. Ya todo está dicho y hecho. La felicidad es el edén. ¿Para qué cuestionarla? Todo lo que suponga cambio significa esfuerzo añadido, posible insatisfacción. Se pueden conseguir logros y alcanzar una satisfacción personal ayudando a esos locos bajitos (Serrat dixit) a que las páginas de su libro no sean mitos sino parte de su vida que utilicen más adelante. Profundizando en la coordinación, escuchando a los innovadores, estando abiertos a nuevas posibilidades. En el intercambio de ideas ganaremos en conocimiento y si un día se nos plantea el dilema de Adán podremos optar por la solución mejor para nuestra vida profesional y para el aprendizaje de los alumnos y alumnas y conseguir lo que significa educación: lograr que el alumno o alumna desarrolle sus potencialidades. Solo el conocimiento nos da auténtica libertad para elegir.

Cádiz, abril de 2009